

HACIA UNA INTERPRETACION SOCIOLOGICA DE LA GENERACION DEL 98

Desde el punto de vista sociológico el papel que desempeñó la Generación del 98 todavía no se ha estudiado sistemáticamente. Aparte las referencias indirectas en libros y artículos que tratan de las ideas y actuaciones específicamente políticas de la Generación, sólo conozco algún ensayo aislado ¹ que estudie este papel. Sin embargo, el aspecto-clave de la cuestión, es decir, el cambio que ocurre entre la actitud colectiva de este grupo de escritores hacia el problema de España a finales del siglo y su actitud pocos años más tarde, no ha pasado inadvertido. Bastante pronto, hombres de la izquierda como el anarquista Federico Urales, el comunista Luis Araquistáin y el republicano Manuel Azaña atacaron a la Generación desde sus respectivos puntos de vista. Iniciaron una corriente de crítica que llegó a su punto más alto en las páginas de Luis Cernuda escritas en 1964, donde el poeta no vacila en calificar a la mayoría de los miembros de la Generación de «traidores y apóstatas» ². Nosotros no vamos a discutir la importancia de tales palabras, pero sí a indicar sumariamente las razones que posiblemente las expliquen.

A fines del siglo pasado, Unamuno, aunque había roto ya su filiación con el socialismo organizado, era todavía un marxista y tomaba parte activa en las actividades políticas de la extrema izquierda. Azorín, que acababa de traducir algún escrito de Kropotkin, publicaba artículos furiosamente agresivos contra la democracia parlamentaria y el poder del estado. Maeztu pregonaba las virtudes prácticas del socialismo y jugueteaba con el anarquismo. Baroja, aunque menos identificado con la política, pedía en sus escritos periodísticos una política económico-social más progresista, la emancipación de la mujer, el divorcio, y otras medidas extremas. Finalmen-

1. Véase, por ejemplo, K. E. Shaw, «Angel Ganivet. A Sociological Interpretation», *Revista de Estudios Hispánicos* (Alabama), II, 1968, 1-77.

2. L. Cernuda, *Poesía y literatura*, II, Barcelona 1964, p. 241.

te, en 1901, 'Los Tres' (Baroja, Azorín y Maeztu) publicaron un manifiesto que exigía un cambio radical en el campo económico como base para la regeneración del país. Poco después, con el apoyo moral de Unamuno, atacaron a las autoridades municipales de Málaga, en las que vieron personificadas la falta de eficiencia y la inmoralidad administrativa del período.

Al principio, entonces, nos encontramos con el siguiente cuadro de la Generación: un grupo de jóvenes escritores, de origen pequeño burgués, de formación laica y universitaria por lo general, sin otros recursos económicos que su preparación académica, y orientados hacia la 'clase profesional', la cual era todavía casi nueva en España. Muy politizados aún antes del desastre de 1898, reaccionan en seguida con tendencias extremistas sacadas de la ideología del socialismo y hasta del anarquismo.

¿Cuál era en aquel momento su papel social? Era, desde el punto de vista sociológico, el de formular la «rationale» de una revolución liberal pacífica. Su propósito está reflejado claramente en la frase de Azorín que define a su generación como un «grupo literario que se disponía a iniciar una acción social». Su papel era el de apartar a sus lectores de la élite que detentaba el poder, y de minar la confianza del público en las estructuras sociales vigentes. El método más eficaz era atacar de frente la ideología tradicionalista que en la práctica dominaba a todas las alianzas políticas, tanto «liberales» como «conservadores». La «europeización» constituía un nuevo mito social y prometía una nueva estructura socio-económica capaz de poner remedio a todos los defectos que el desastre de 1898 había puesto a luz.

¿Cumplió la Generación con tal papel? La respuesta es, por desgracia, negativa. Hacia 1905 los noventayochistas, decepcionados con la idea de la regeneración de España, fueron abandonando sus afiliaciones izquierdistas y su adhesión al reformismo concreto. De entonces en adelante se preocuparon cada vez más por la pura creación literaria. Al mismo tiempo —y esto es mucho más importante— *reinterpretaron* el problema de España, enfocándolo ahora en términos de una pura abstracción: el modo de ser español, el *Volksgeist*, que según ellos había entrado en crisis debido al fracaso de sus ideales y creencias anteriores. El interés de la Generación se centra ahora en la búsqueda de lo que venían llamándose «ideas madres», o sea, nuevos principios ideológicos y espirituales capaces de obrar no tanto sobre la sociedad cuanto sobre el alma del pueblo³. En pocas pala-

3. Quien formuló por primera vez sistemáticamente este aspecto de la doctrina de la Generación fue Ganivet en 1889. Véase mi artículo «Ganivet's *España filosófica contemporánea* and the Interpretation of the Generation of 1898», *HR*, XXVIII (1960), 220-232.

bras, el deseo de reformar la estructura socio-económica de España, tan visible en los primeros escritos de la Generación, fue reemplazado por la vaga esperanza de reformar la estructura «normativa» del país.

El resultado es lógico. Mientras los problemas fundamentales de la sociedad española eran la pobreza, la opresión rural y el subdesarrollo industrial, casi no hay una sola novela de la Generación del 98 cuya acción se desarrolla en los bajos fondos; mientras no hay ni una que tenga por protagonista a un obrero o a un campesino. Los más importantes procesos socio-económicos en España: el decaimiento de los partidos, el problema del ejército, la inflación, las amenazas contra el orden, el fracaso del desarrollo industrial, el deslizamiento hacia la dictadura, y por debajo de todo el crecimiento de la izquierda revolucionaria organizada, prácticamente no encuentran reflejo en la obra literaria de los noventayochistas.

¿Cómo se explica esto? Quisiera indicar cuatro posibles causas. La primera estriba en el tamaño del problema económico mismo: la entonces casi insuperable pobreza natural de España⁴. Este ha sido hasta muy recientemente el factor principal que impedía el despegue industrial y los cambios sociales que siguen como consecuencia. Nadie en la época de los noventayochistas podía prever las circunstancias (afluencia masiva de capital de inversión desde el extranjero, turismo extranjero de masa, absorción de mano de obra rural superflua por otros países de Europa, etc.) que iban a cambiar la situación durante los años 50. Encerrados en la estrecha fórmula de Costa («escuela y dispensa»), los escritores del 98 se encontraron en un callejón sin salida.

El segundo factor fue el enorme poder de los mecanismos sociales que contrarrestaban el progreso en la España de entonces. España era todavía una nación poco dinámica, con su riqueza concentrada en el sector primario de la economía. La posición de la clase media era estática. Era una clase pequeña, relativamente privilegiada, poco abierta al ensanchamiento desde más abajo, y en la práctica permanecía aparte de los organismos rectores. No ofrecía a sus miembros (y la Generación del 98 venían todos de la burguesía) ningún apoyo que les permitiera desafiar a la minoría directora. En el fondo, a pesar de la catástrofe del 98, la burguesía española no estaba preparada para una revisión del mito social vigente.

Quedaba el proletariado. En éste sí que en el período de la Generación del 98 presenciamos una toma de conciencia política y social. Pero el único

4. Resulta sumamente curioso leer en *En torno al casticismo* (1895) de Unamuno (Madrid, Espasa-Calpe, 1957, p. 134) la tajante afirmación: «La pobreza económica explica nuestra anemia mental» y compararla con los remedios propuestos por la Generación del 98.

mito capaz de satisfacer las aspiraciones del pueblo era el del socialismo, y ése la Generación del 98 ya no podía aceptarlo plenamente. Mucho menos estaban dispuestos los noventayochistas a aceptar la disciplina de un partido o movimiento político. Al contrario del grupo de Bernard Shaw, Wells, los Webb y otros en Inglaterra, que por medio de la Fabian Society lograron constituir un grupo de presión junto con un partido progresista moderado, del cual eran el ala intelectual, los de la Generación del 98 quedaron aislados.

La cuarta causa procede de la falta de riqueza personal de la Generación. No tenían recursos fuera de lo que ganaban con su propio trabajo. Era poco e incierto. En aquel entonces apenas existían editoriales que publicaran obras de literatura seria costeadas por su cuenta y riesgo. Sólo los escritores que se rebajaban hasta el nivel de la masa, Blasco Ibáñez o los hermanos Quintero, podían enriquecerse rápidamente con sus obras. Mientras que casi todos de libros de Unamuno anteriores a la primera guerra mundial se publicaron por su propia cuenta. A Baroja, en 1907, le ofrecieron para la publicación en un periódico de *César o nada*: ¡500 pesetas! Sólo el periodismo ofrecía la posibilidad de ganancias decorosas. Pero recordamos que cuando Azorín trató de protestar en *El Imparcial* contra la pobreza y la opresión en Andalucía, se le despidió acto seguido.

Así que, decepcionados y frustrados, los noventayochistas se volvieron cada vez más al mecanismo de escape típico de los que han perdido toda esperanza de modificar las circunstancias exteriores. Se refugiaron en un laberinto de conceptos imposibles de comprobar —«ideas directoras», «normas eternas», «el alma castellana», etc.—, que como recientemente escribió Vicente Llorens «significan una evasión espiritual neorromántica». Al postular la primacía de ideales y creencias en vez de fuerzas sociales se mostraron partidarios de un método de regeneración nacional que les ofrecía un tema casi inagotable para novelas y ensayos. No olvidemos que les relacionó con una gran corriente de la literatura europea moderna. Pero fue un método que les eximió de toda responsabilidad social directa⁵. Sólo quedó un residuo de preocupación reformista que encontramos en el segundo plano de sus escritos.

Para concluir: nadie tiene derecho a exigir de un autor o de un grupo literario que desempeñe un papel explícitamente social. Lo que sí cabe

5. Un caso casi simbólico es el de Andrés Hurtado en *El árbol de la ciencia* (Quinta Parte, cap. 5). A los jóvenes republicanos de Alcolea que afirman que «algo hay que hacer», Hurtado responde: «Lo único que pueden ustedes hacer es marcharse de aquí». Este derrotismo está en el fondo del pensamiento de toda la Generación.

pretender es que una generación como la del 98, nacida bajo el signo de la catástrofe, y que al principio se asignaba un papel muy importante de reformista, sea consecuente consigo misma. El progresivo volverse de espaldas de los noventayochistas a la realidad social de España, dejando la novela de protesta en manos de escritores secundarios como Blasco Ibáñez o Concha Espina, es un hecho de demasiada gravedad para pasarlo por alto. Es quizás un asunto que merece un estudio más amplio.

DONALD L. SHAW
Universidad de Edimburgo